

Reír en pareja: notas a propósito de un estudio en Cali*

Pedro Quintín Quílez**

Resumen

De un reciente estudio de la vida de 24 parejas conyugales de Cali –con diferentes características socioeconómicas y de ciclo doméstico– se desprende que la risa ocupa un lugar privilegiado en su existencia cotidiana: los más altos niveles de satisfacción expresados por los dos miembros de las parejas se relacionan estrechamente con la mayor presencia de la risa en sus interacciones. Tras presentar los datos, se esbozan en el texto algunas interpretaciones tentativas del papel que juega el humor en las relaciones conyugales y familiares.

Abstract

Studying the life of 24 conjugal partners from the city of Cali (Colombia) –differentiated by socioeconomic characteristics and domestic cycle–, we found that laughter plays a privileged place in their daily interactions: higher levels of satisfaction reported by both members of marriages are in direct relation with the presence of laughter. After offering some results of this study, we present various tentative interpretations on the paper played by humor in marital and familiar relationships.

Palabras clave: Humor, Matrimonio, Dinámicas e Interacciones Domésticas, Integración Familiar.

** Hace cierto tiempo, Pere –uno de mis pequeños sobrinos– me preguntó por qué “los Quintín” nos reíamos tanto; entonces no supe qué responderle –así que me limité a esbozar una sonrisa–. Creo haber averiguado algo al preparar este texto que, faltaría más, se lo dedico a él y al resto de mis risueños sobrinos: Nydia, Joan Marc, María, Irene y Joan.*

******Profesor Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle. Grupo de Investigación *Parentesco, familia y reproducción social*, CIDSE. Correo electrónico: quintin@univalle.edu.co.

Quienes se ríen juntos, permanecen unidos

Peter Berger

La vida de pareja suele ser objeto de risa. Para constatarlo basta con mirar los seriados, tanto nacionales como extranjeros, que se presentan en la televisión, escuchar algunos programas humorísticos de las emisoras radiales o leer las tiras cómicas de nuestros periódicos; de forma más inmediata, quizás nos alcance con recordar algunas de nuestras más recientes conversaciones con familiares y amigos: si no de insinuaciones más o menos maliciosas sobre alguna pareja conocida, por lo menos ellas están a menudo salpicadas de narraciones anecdóticas y de chistes sobre la vida conyugal. En cierta manera sorprende el hecho de que una relación a la que colectivamente damos en apariencia tanto valor sea, al mismo tiempo, objeto de escarnio y burla¹: en no pocas series televisadas las parejas se ríen de ellas mismas y nosotros, los espectadores, de ellos y de sus risas.

No se trata de un fenómeno exclusivo de nuestra época y cultura. La antropóloga norteamericana Marjorie Shostak contaba, en su reconstrucción de la historia de vida de Nisa (una mujer *!kung*), que un tema privilegiado de divertimento y gracia entre el 95% de las parejas bosquimanas que ella estudió lo constituían las tribulaciones que afectaban a las familias polígamas (Shostak, 1983: 171). Por otro lado, como muestra el historiador Richard Wall, el recurso a la comicidad de la vida matrimonial viene de lejos, como lo puede atestiguar la historia de la literatura y la de las artes; así, por ejemplo, y en términos de su difusión masiva, por lo menos desde inicios del siglo XX proliferarían entre los sectores obreros de Inglaterra y Estados Unidos las tarjetas postales que la tenían como motivo de chanza (al igual que a otras escenas de la vida doméstica, como la crianza de los hijos)².

Desde hace tiempo, filósofos y pensadores se han preocupado por el fenómeno de la risa. Aunque más recientemente, también lo han hecho algunos científicos sociales, quienes han tratado de vincular el humor y la risa con otros procesos y dimensiones sociales³. Según

¹ A partir de una comparación del humor en 75 sociedades, Finnegan Alford y Richard Alford (1981: 153-155) afirman que, en general, estarían excluidos como motivo de risa aquellos temas que cada sociedad se tomaría más seriamente (como sucedería, por ejemplo, con el sexo en las sociedades en que se le otorga un alto valor y se controla estrictamente su práctica); para una interpretación inversa, véase Henk Driessen, 1999: 231. Este carácter paradójico de la risa habría sido interpretado en ocasiones como una compensación psicológica respecto de otros sentimientos: por ejemplo, la risa y el carnaval frente al miedo a la condenación eterna durante la Edad Media europea (véase Aaron Gurevich, 1999: 58).

² Uno de los temas más recurrentes habría sido la disputa entre los cónyuges por el poder del hogar, lucha de la que –contra lo que suponía el escritor George Orwell, en un estudio pionero publicado en 1941– no siempre salía victoriosa la esposa ni reflejaba en todas las ocasiones el punto de vista de los hombres (Wall, 2007: 52, 54 y 60).

³ Hace más de veinticinco años, en un detallado balance de la “sociología del humor” producida hasta entonces Anton C. Zijderfeld (1983: 1-5) señalaba que, curiosamente, la sociología no habría tenido hasta aquel

unos estudiosos serviría para mostrar la superioridad de unos individuos o grupos sociales sobre otros⁴, mientras que, para otros, marcaría las fronteras sociales y reforzaría los lazos interpersonales, funcionando por tanto como un mecanismo de integración de los grupos (Coates, 2007; Jáuregui, 2008; Le Goff, 1999); aun para otros, en unas ocasiones a la risa se la usaría para sancionar las acciones que van contra el orden social estatuido (cf. Ogien, 1990), mientras que, según otros, fungiría de válvula de escape o de forma de sublimación de las tensiones y conflictos que se generan en la vida social (Douglas, 1991); finalmente, para unos haría parte de aquellos mecanismos que contribuyen a conformar el conocimiento que los miembros de una sociedad precisan compartir, mientras que, para otros, sería una puerta abierta a la expresión creativa de los aspectos contradictorios e incognoscibles de la experiencia humana (Berger, 1999; Zijderveld, 1983). Esta tan rápida y superficial revisión muestra la amplitud de temas y la variedad de aproximaciones que se le ofrecen a un investigador interesado en explorar el tema de la risa.

Sin embargo, antes de proseguir es necesario dejar claro cuál es el limitado alcance de este texto: no nos proponemos explorar los motivos que llaman a risa en general ni, tampoco, respecto de la vida conyugal –problema interesantísimo, pero sobre el que no disponemos de suficiente información–; aquí apenas pretendemos mostrar el destacado papel que juega la risa en la dinámica interna de las pareja conyugales y, en lo posible, explorar brevemente cómo es que ella se relaciona con otras dimensiones de la vida conjunta.

El punto de partida: la alta frecuencia de la risa en pareja

Para ello retomamos algunos de los datos obtenidos durante una investigación sobre la vida conyugal de 24 parejas heterosexuales residentes en la ciudad de Cali (Colombia), pertenecientes a diferentes estratos económicos y situadas en momentos distintos del ciclo doméstico⁵. Entre otras muchas cosas, en un módulo específico del cuestionario dedicado a estimar la percepción de la calidad conyugal por parte de los entrevistados⁶, les preguntamos

momento al humor como un tema destacado de estudio, a diferencia de la psicología y la filosofía, y aún de la antropología (sobre esta última véase el estado del arte de Driessen, 1999: 229-230).

⁴ Recientemente, cierta sociología del humor reclama mantener una posición crítica para establecer hasta qué punto el humor no sólo daría cuenta de las relaciones sociales existentes sino que serviría también para reafirmar relaciones sociales desiguales, marcos normativos autoritarios o estereotipos raciales, sexuales o de género (véase Sharon Lockyer y Michael Pickering, 2008).

⁵ Se recurre aquí a parte del material producido por la investigación titulada *Bienes y vida familiar en Cali*, realizada entre los años 2005 y 2007. Reitero mis agradecimientos a la Universidad del Valle por la concesión de recursos financieros (VRI/Convocatoria interna 2005) y al Departamento de Ciencias Sociales por el tiempo de investigación asignado, a los asistentes de investigación por su eficiente colaboración y, muy especialmente, a los entrevistados por su valiosa ayuda.

⁶ Se entrevistó a cada uno de los dos miembros de las parejas por separado a partir de un cuestionario estandarizado que recogía, además, información sobre los hogares, la distribución de las tareas y las decisiones

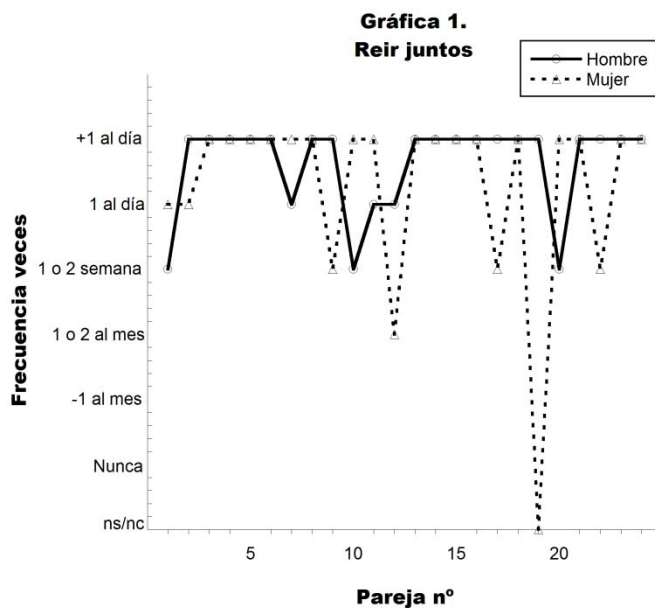
acerca de la frecuencia con que realizan juntos algunas de las siguientes actividades: tener intercambios interesantes de ideas, trabajar juntos en algo, discutir calmadamente y reírse juntos.

La actividad que, de todas ellas, muestra las mayores frecuencias es la de reír juntos: buena parte de las parejas señalan que lo hacen varias veces al día o, las que menos, varias veces a la semana, tal y como puede observarse en la *gráfica 1*.

En Capri –el barrio con el mejor nivel económico de los tres estudiados– observamos que la mayor parte de las respuestas se sitúan en la franja de mayor intensidad: más de una vez al día, seguidos por una vez al día y, con un solo caso, por una o dos veces a la semana. En Chiminangos –el barrio de nivel intermedio– la mayor parte se ubica también en la franja de más de una vez al día, seguidos por quienes se ríen una vez al día, una o dos veces a la semana y, sólo en un par de casos, una o dos veces al mes. Finalmente, en Eduardo Santos –el de menor nivel económico– las parejas enuncian de forma mayoritaria que suelen hacerlo más de una vez al día, seguidos por quienes dicen que una o dos veces a la semana y, también en un solo caso, una o dos veces al mes –una esposa responde que no sabe–. La mayor parte de las parejas de estos barrios mantiene entonces una frecuencia intensa de actividad en este punto, dominando de forma clara el intervalo de varias veces diarias. Tampoco se observan grandes diferencias en su distribución por género⁷.

domésticas, las finanzas familiares y la circulación de regalos, tanto en el presente como en dos momentos previos –el noviazgo y el primer año de casados– de la relación (véase Quintín, 2008 y 2008b).

⁷ No sobra advertir que estos datos no pueden ser generalizados, ni siquiera para los barrios caleños donde residen las parejas estudiadas. Por otra parte, téngase en cuenta que no todas las sociedades se han reído igual ni en los mismos momentos. En algunas la risa no formaría parte de la cotidianidad, sino que –como sucedía en la antigua Grecia– se reservaría para “... momentos especialmente señalados para el regocijo y la festividad, sobre todo, grandes fiestas religiosas. En esas ocasiones las normas habituales de la conducta se relajaban y los griegos podían entregarse a la risa legítima y al humor escabroso” (véase Jan Bremmer, 1999: 13). Sobre las dificultades de la traducción intercultural de términos y fenómenos asociados al humor y la ironía, véase las reflexiones de Diane Losche (2001) a partir de sus estudios entre los abelam de Papúa-Nueva Guinea.

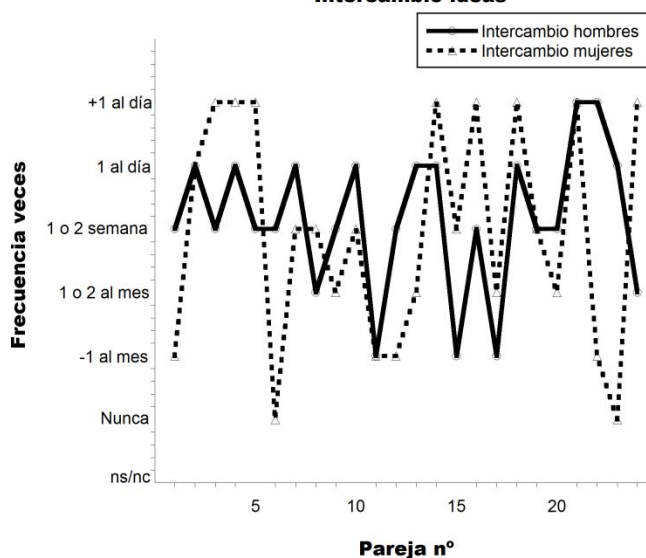


Las parejas del barrio Capri van del nº 1 al 5; las de Chiminangos del 6 al 14; y las de Eduardo Santos del 15 al 24.

Este dato llama especialmente la atención sobre todo si se lo compara con la actividad que le sigue en términos de la intensidad de su puesta en práctica: la conversación y el intercambio de ideas. Tal y como se observa en el **gráfico 2**, la mayor parte de los entrevistados, de todos los barrios y sin distinción por género, se colocan en una frecuencia intermedia, es decir, entre una vez al día y varias veces a la semana⁸.

⁸ Jess K. Alberts *et al.* (2005: 315, 318) señalan, en un estudio reciente en el que se siguieron las conversaciones cotidianas de 10 parejas norteamericanas durante una semana, que el humor forma parte de aquellos intercambios conversacionales que se producen en las parejas y que parecen destinados a mantener o a reforzar la relación, así no ocupe sino un 3,1% de sus conversaciones. Los temas más usuales de conversación eran, entre aquellas parejas, hablar de uno mismo (27%), hablar del entorno (15%), hablar de otros (10%), hablar sobre la televisión (10%) y hablar sobre las experiencias del cónyuge (10%). Curiosamente, las conversaciones con humor estaban sin embargo por encima del hablar sobre los conflictos de la pareja (0,8%).

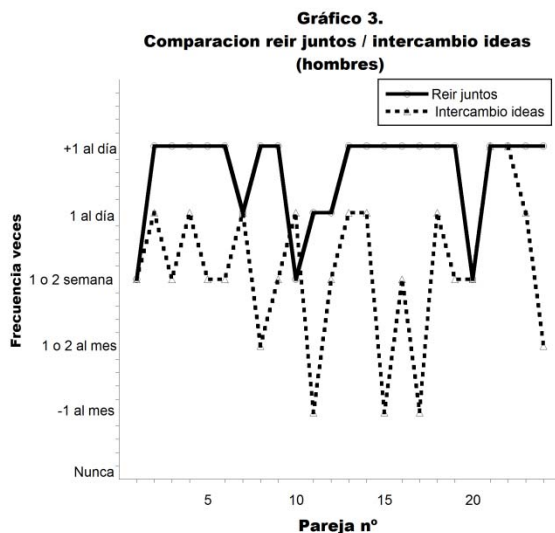
Gráfico 2.
Intercambio ideas



En Capri el mayor número de casos se ubica en la franja de una vez al día, seguidos de cerca por la de una o dos veces por semana y por la de más de una vez al día; ya en una proporción muy residual, sólo una esposa declara que menos de una vez al mes. En Chiminangos, por su parte, la mayor frecuencia se da en aquellos que dicen tenerlos una o dos veces por semana, seguidos por quienes dicen tenerlos una vez al día; de nuevo, pero a la inversa, sólo un esposo indica que se producen más de una vez al día, frente a unos pocos casos en que se señala que se producen una o dos veces al mes; la mayor parte de las respuestas de este barrio se ubican entonces también en la franja de varias veces a la semana. Finalmente, en Eduardo Santos es donde se enuncia una frecuencia algo menor, pese a que de todas formas el mayor número de respuestas se ubican en las franjas intermedias y altas de interacción: una o dos veces por semana, una vez al día y más de una vez al día; sin embargo, un número considerable –pero de todas formas inferior– de respuestas se ubica en el espectro menor de interacción: menos de una vez al mes, una o dos veces al mes y nunca⁹.

⁹ Algo parecido se observa respecto de la cuestión de con cuánta frecuencia la pareja trabaja junta en algo, puesto que las respuestas se ubican en las franjas intermedias y bajas (aunque aparecen algunos casos de alta frecuencia en los barrios intermedio y bajo, asociados a la existencia de pequeñas manufacturas domésticas). Por último, la pregunta sobre discutir calmadamente da resultados poco consistentes: aunque dominan las respuestas ubicadas en la franja intermedia, se encuentran sin embargo –en todos los barrios y sin diferencias sensibles por género– frecuencias de interacción muchísimo más bajas que en las otras preguntas, así como aparecen varios casos –en todos los barrios– en que se expresa enfáticamente que entre ellos nunca se produce esa situación: la pregunta es asumida en buena medida como una indagación acerca de la existencia de discusiones, conflictos y peleas entre los cónyuges.

Como se observa con mayor detalle en el **gráfico 3**, para casi todos los hombres es más usual el reír juntos que el mantener intercambios interesantes de ideas: tan sólo en un caso la segunda actividad supera a la primera, mientras que en otros cuatro casos tienen una intensidad similar.

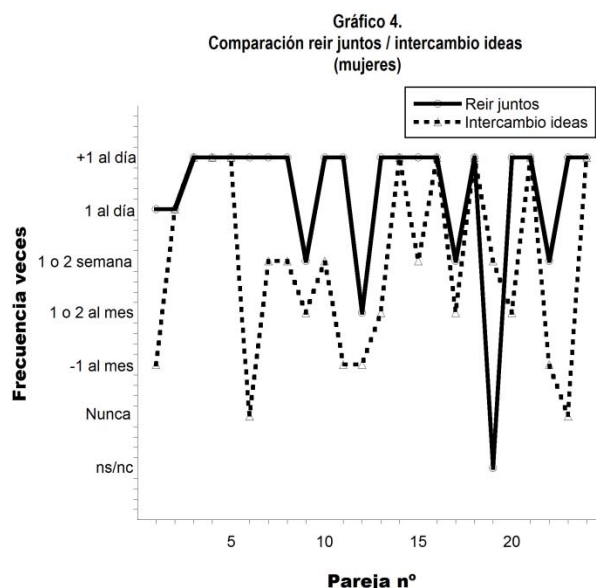


Esta proporción disminuye entre las mujeres, tal y como se detalla en el **gráfico 4**: mientras que también una mujer sitúa el intercambio interesante de ideas por encima del reír juntos, son diez las que les otorgan la misma frecuencia. Sin embargo, en conjunto son algo más de las 4/5 partes de los hombres y más de la mitad de las mujeres quienes dicen que suelen reírse juntos más que conversar entre sí.

Si se vierten en forma de índices (donde la máxima frecuencia de actividad sería igual a 1,0), el correspondiente a reír juntos es de 0,92 para los hombres y 0,89 para las mujeres. En lo que se refiere al mantener intercambios interesantes de ideas, el índice es de 0,59 para los hombres y 0,6 para las mujeres

Es cierto que se encuentran algunas discrepancias entre las frecuencias que declaran los cónyuges de las mismas parejas: en la mayor parte son mínimas, aunque en otros son más sensibles: es el caso de las parejas 12 (él declara una vez al día, ella que una o dos veces al mes), 17 (él declara más de una vez al día, ella una o dos veces por semana) y 20 (ella declara más de una vez al día, él una o dos veces a la semana)¹⁰.

¹⁰ En el caso de la pareja 12, mientras que él dice que ríen juntos más de una vez al día, ella no contesta a la pregunta. No es posible ofrecer aquí una explicación de conjunto de estas discrepancias, pero las hemos encontrado en varios de los aspectos recogidos en la investigación que soporta este artículo. Algunas reflexiones sobre cómo evaluar estas diferencias y como tratarlas analíticamente se pueden encontrar en Quintín (2008b: 32-33).



En definitiva, el reír juntos es una actividad reiterada entre las parejas estudiadas. Veamos ahora cómo se relaciona con otro factor al que nos aproximamos en nuestro estudio: la satisfacción personal respecto de la vida en pareja.

La risa y la satisfacción conyugal

Como ya se señaló más arriba, el módulo en el que se preguntaba por la frecuencia en la realización de esas actividades estaba diseñado para acompañar la recogida de información sobre la satisfacción de cada uno de los esposos respecto de la relación de pareja. Se partía de la idea de que existiría un *efecto pareja* por el que puede establecerse una estrecha asociación entre la satisfacción conyugal y la realización de actividades conjuntas: como afirma Marilyn Ihinger-Tallman (2000: 1735), generalmente “es más probable que las parejas felizmente casadas participen en comportamientos de comunicación positivos (acuerdos, aceptación, asentimiento y uso del humor y la risa)...”¹¹. Por ejemplo, según la investigación realizada en los años cincuenta en Estados Unidos por George A. Lundberg, Mirra Komarovsky y Mary A. McInery (1958), la participación en actividades compartidas (en especial las de entretenimiento) propiciaría intensos niveles de interacción en el hogar y se constituiría, por tanto, en una importante fuente de integración familiar y de satisfacción

¹¹ Véase también Jonathan Gershuny y Oriel Sullivan, 1998: 79-81; Paul W. Kingston y Steven L. Nock, 1987. [Todas las citas de textos que aparecen en otros idiomas en la bibliografía han sido traducidas libremente por el autor de este artículo].

individual. Por todo ello nuestro cuestionario buscaba saber de forma muy sintética con qué frecuencia ambos cónyuges participaban en ciertas actividades y cómo ellas se relacionaban con la expresión de distintos niveles de satisfacción. Ya hemos visto lo que acaece en cuanto a las actividades: repasemos ahora por tanto lo que tiene que ver con la satisfacción conyugal.

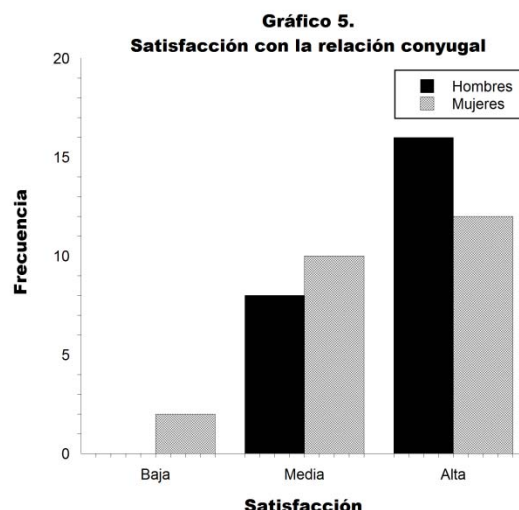
Como se observa en el **gráfico 5**, dominan las respuestas de alta y media satisfacción general con la relación (muy contento y contento respectivamente) y tiende a haber bastantes semejanzas entre los cónyuges –al estandarizarlo en un índice (siendo 1,0 la situación de máxima satisfacción), para los hombres es de 0,83, mientras que para las mujeres es de 0,7–. Sin embargo, son los hombres de Capri y Eduardo Santos quienes dicen estar más contentos, mientras que en Chiminangos, el barrio intermedio, son las mujeres. Hay muy pocos casos de baja satisfacción con la relación.

De forma muy parecida, los entrevistados expresan altas esperanzas de persistir juntos en el futuro¹². En Capri las respuestas coinciden con el elevado nivel de satisfacción general respecto de la relación conyugal, mientras que en Chiminangos, donde domina también la idea de que definitivamente sí estarán juntos en el futuro, hay tan sólo dos esposos que declaran no saber si permanecerán juntos; por su parte, en Eduardo Santos, donde los hombres expresan unas expectativas ligeramente más moderadas, predominan también quienes responden que seguramente seguirán juntos, mientras que tan sólo una mujer declara no saber. Llama la atención el hecho de que ningún entrevistado responda negativamente a esta cuestión y que, como mucho, más bien se exprese en aquellos tres casos una ligera incertidumbre sobre el futuro de la relación.

Es decir que, en conjunto, los miembros de estas parejas expresan un grado de felicidad con la relación bastante alto. Ello amerita cierta consideración si se tiene en cuenta que los grados de satisfacción expresados respecto de otros aspectos eran no sólo más bajos sino también muy diferentes entre los esposos y las esposas: en todos los barrios los grados de satisfacción eran inferiores para las mujeres cuando se inquiría acerca de su participación en el trabajo doméstico, acerca de la distribución general de su tiempo¹³, así como –aunque con menos diferencias– en lo referido a la toma de decisiones en el seno del hogar. Veámoslo con más detalle en el caso de la distribución de las labores domésticas.

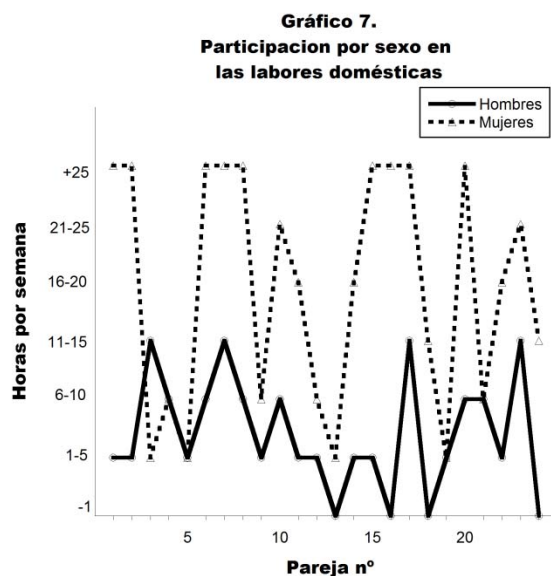
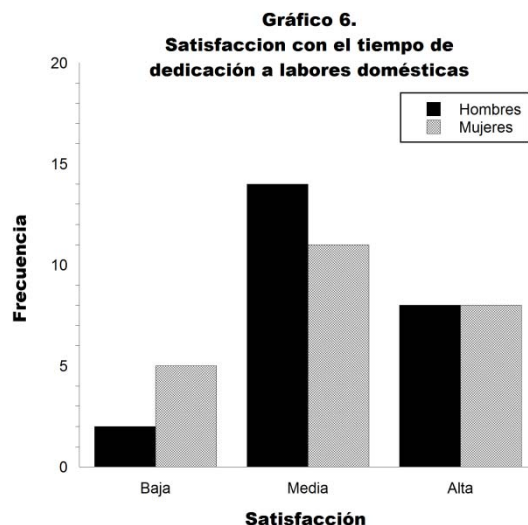
¹² El cuestionario de entrevista incluía una pregunta de orden proyectivo sobre las expectativas acerca de la continuidad de la relación conyugal: se inquiría al entrevistado si pensaba que en 10 años seguirían juntos (con las siguientes opciones: definitivamente sí, probablemente sí, probablemente no, definitivamente no y no sabe).

¹³ Con excepción del barrio Eduardo Santos, donde los hombres muestran un alto grado de insatisfacción respecto de la distribución del tiempo, quizás porque entre ellos dominan los empleos de baja calificación que presuponen largas jornadas laborales que se extienden a los fines de semana y los días festivos.



Como acabamos de decir, es respecto de la participación en las tareas propias del hogar donde se encuentra una más baja satisfacción por parte de los entrevistados, tal y como puede verse en el **gráfico 6**. En él se observa que, así sea de forma ligera, los hombres tienden a expresar más frecuentemente que están muy contentos o contentos con dicha participación: mientras que ocho hombres y ocho mujeres se declaran muy contentos, tres hombres y cinco mujeres declaran sentirse poco contentos (el resto dice estar contento); en este punto los índices de satisfacción son de 0,6 para los hombres y de 0,58 para las mujeres. En buena medida, esas tan escasas diferencias muestran poca correlación con la distribución de las tareas del hogar: como se observa en el **gráfico 7**, el tiempo que les dedican las mujeres es, en general, muy superior al que le consagran sus esposos (y sin que tenga impactos sustantivos el hecho de que las esposas tengan también trabajos remunerados); en otras palabras, sigue siendo muy grande la brecha de género en los índices de participación en las labores domésticas: siendo 1,0 el punto de máxima participación, es de 0,23 para los hombres y de 0,65 para las mujeres¹⁴.

¹⁴ Tan sólo en un caso de Capri (pareja 3), el esposo les dedica más tiempo que su esposa.



De todo lo anterior se desprende que, aunque las esposas parecen resentir un poco más la distribución inadecuada de su tiempo, que sea sobre sus espaldas que reposan las tareas del hogar y su papel menor en las tomas de decisión, ellas están también altamente contentas con sus matrimonios y expresan su intención de persistir en la relación¹⁵. Por otra parte, no

¹⁵ Según datos del año 2003, en general Colombia las mujeres cabeza de familia expresan una menor satisfacción personal que los hombres; sin embargo, al tomarse allí como referencia exclusivamente a las jefas de hogar, hay que tener en cuenta que es probable que ellas se vean obligadas a asumir solas todas las responsabilidades y cargas familiares, lo que no es generalmente el caso de los hombres jefes cabeza de familia. Sin embargo, cabe también advertir que los hogares del Valle del Cauca, Bogotá y de las islas de San

hay que olvidar que algunas investigaciones han mostrado incluso que, pese al incremento de los conflictos domésticos asociados a una mayor participación laboral de las mujeres y a un papel más activo en los hogares de los esposos, los niveles de satisfacción que tanto hombres como mujeres expresan no disminuyen al mismo ritmo¹⁶.

Lo que parece ponerse en juego en la relación conyugal son, por tanto, otro tipo de consideraciones y factores. Aunque escapan al alcance de nuestra prospección y de los datos obtenidos en nuestro estudio, para cerrar este texto quizás valga la pena explorar algunas de las características que los investigadores sociales le han atribuido a la risa y al humor en relación a la vida social y, específicamente, respecto de las dinámicas familiares y conyugales.

La risa en pareja: algunas reflexiones provisionales

Antes de proseguir aclaremos que no es fácil establecer un vínculo nítido entre ambos fenómenos, la risa y la felicidad, aún cuando ellos parezcan mantener –como se desprende de lo presentado más arriba– algún tipo de correlación. Como concluyen Randall Collins y Scott Coltrane (1991: 398) en su manual de sociología de la familia tras preguntarse por las posibles causas de la felicidad conyugal, “no parece haber un factor único –un matrimonio feliz es producido por el conjunto de la mezcla de varias cosas–. Sospechamos que la mayoría de la gente no tiene un conocimiento claro de qué es lo que provoca un determinado nivel de felicidad o infelicidad de su propia situación.” Sin embargo, creemos poder hacer algunas reflexiones que exponemos a continuación¹⁷.

Hace ya bastantes años la antropología reflexionó sobre los vínculos que la risa tenía con la ocupación de determinadas posiciones sociales y, en particular, con el mantenimiento de cierto tipo de relaciones familiares y de parentesco: así, en algunos grupos de indígenas norteamericanos, en Melanesia y África, entre ciertos parientes se esperaban (y en cierta manera era la única forma de relación permitida) las muestras de irrespeto en la forma de insultos, mofas y bromas que no eran tenidas por maltratos por parte de quienes las recibían;

Andrés y Providencia tienen los índices de satisfacción más altos, por encima del promedio nacional (véase Jasson Cruz y Julián Torres, 2006: 138-139, 146).

¹⁶ Véase al respecto la reciente compilación de François de Singly (2007); el texto de Stacey J. Rogers y Paul R. Amato (2000) contiene no sólo una verificación empírica a partir de la comparación de dos cohortes de Estados Unidos, sino también una exhaustiva reflexión sobre este punto.

¹⁷ Cabe advertir que evitamos de todas formas una vía que han abierto algunos investigadores al llamar la atención sobre el papel que juegan los medios de comunicación a la hora de difundir determinadas representaciones de la familia. Por ejemplo, Judith Williamson (1994) muestra la forma en que gracias a la publicidad de las cámaras fotográficas, así como de los manuales para su uso, se generaliza la idea de registrar la vida familiar en imágenes asociadas exclusivamente con el placer, la risa y la alegría.

a estas relaciones se las denominó en francés “parentés à plaisanteries” y en inglés “joking relationships”.

En una comunicación presentada en 1926 ante el *Institut français d’anthropologie*, Marcel Mauss –siguiendo los trabajos pioneros de Robert Lowie, Paul Radin y A. R. Radcliffe-Brown– argumentaba que ellas constituían el otro extremo de aquellas relaciones basadas en el respeto o en la evitación, pero que formaban parte de un mismo sistema de “prestaciones totales”: permitían una “familiaridad privilegiada” entre ciertas categorías sociales que mantenían un vínculo especial, ya fuera porque entre ellos podían estar los posibles cónyuges o porque ocupaban una posición de desigualdad estructural (por ejemplo, los sobrinos respecto de sus tíos maternos). De esta forma, decía Mauss, contribuían a establecer y mantener un orden y unas jerarquías sociales, unos derechos diferenciados, así como a fijar determinados valores morales en las relaciones (Mauss, 1927-1928: § 2).

En términos similares reflexionó A. R. Radcliffe-Brown al plantear que este tipo de procederes así pautados acompañaban aquellas relaciones que se caracterizaban por ser, al mismo tiempo, de amistad y de antagonismo; de cierta manera, ellos permitían el reajuste de la estructura social sin provocar grandes angustias en los individuos por el hecho de participar de una relación complicada que contenía, al mismo tiempo, elementos conjuntivos y disyuntivos (Radcliffe-Brown, 1940: 200 y 209); curiosamente, este tipo de relaciones tan complicadas eran provocadas por las alianzas matrimoniales, puesto que ponían juntos a diferentes grupos familiares o clanes: el antagonismo era, por tanto, controlado mediante reglas convencionales que obligaban a cierto tipo de comportamiento (Radcliffe-Brown, 1949: 135-138)¹⁸.

Este tipo de interpretaciones orientadas a establecer una teoría general pronto recibió críticas de parte Marcel Griaule quien, aparte de desestimar el tipo de comparaciones interculturales que les subyacían, señalaba que había no sólo que buscar otro nombre para denominarlas (él las llamará “alianzas catárticas”), sino también que era necesario observar en detalle cómo se imbricaban con las concepciones metafísicas sobre el individuo de aquellas sociedades en que se producían. A partir de caso de los dogon y los bozo (Nigeria) planteaba que, mediante esos insultos y ofensas, se buscaba purificar a nivel espiritual la fuerza vital (*nyama*) que todo ser detenta: tendría un poder catártico en tanto que se asumía que ciertos individuos tenían parte de esa *nyama* depositada en otras personas y que, mediante el poder de las palabras, podía eliminarse su fuerza contaminante en un gesto

¹⁸ Siguiendo a estos autores, Jacques Le Goff plantea una función similar para la risa en la Edad Media: cuando era administrada por el rey (y lo dice a propósito de San Luis, quién se ceñía estrictamente a la figura del *rex facetus* [rey guasón]), “la risa servía para estructurar la sociedad que le circundaba”, en especial la corte (Le Goff, 1999: 45).

recíproco que formaría parte de un circuito de dones¹⁹. No habría, por tanto, motivo de ofensa, puesto que los insultos recibidos eran un servicio que la otra persona le hacía a uno. Unidas por esa relación, las personas no sólo eran en cierta forma iguales, sino complementarias, en tanto que “cada una tiene la parte que le falta a la otra”. De esta forma, la relación *mangou* “es el agente más apto para reordenar, para distribuir y para repartir las fuerzas en el mundo espiritual” (Griaule, 1948: 256-258).

Sin embargo, y más allá de la capacidad catártica para aliviar las tensiones que tiene la risa cuando coloca a dos personas extrañas en estrecha relación, no pareciera ser este el caso que nos ocupa. Por un lado porque esta interpretación vincula la risa básicamente con la mofa –sea de uno sobre otro, sea mutua– y no con el acto de compartir la risa, el reír juntos²⁰; por otro, porque, aunque se liga con la ocupación de determinadas posiciones dentro de la estructura de parientes, en ningún caso se reporta que ella tenga lugar entre esposos²¹. Avancemos entonces algunas otras vías.

Una segunda corriente habría vinculado la risa con el control y la sanción social. Según el sociólogo Ruwen Ogien (1990), la dimensión de sanción que entraña la risa formaría parte de la tradición durkheimiana desarrollada a partir de la noción de “sanciones difusas”, aquellas que serían en cierta forma equivalentes a las “sanciones legales”, puesto que tanto la risa como la pena formal castigarían las infracciones morales. Las diferencias entre ellas serían que, en el caso de la risa, no hay un agente autorizado para determinar las sanciones (cualquiera puede hacerlo, bajo el riesgo de ser él mismo “sancionado”), que la pena debe ser aceptada por el “acusado” (no hay quien le obligue a aceptar la vergüenza que provoca el hecho de que se rían de él), es difícil de “medir” y hacer proporcional a la falta cometida, y nunca se sabe a ciencia cierta si producirá el efecto esperado. Su fuerza intrínseca, sin embargo, está en que no se puede abstraer, sino que se produce cara a cara y no se distancia del motivo que lo provoca (así sea falsa, la risa molesta, insulta y avergüenza en el acto mismo de su expresión).

Esta aproximación, por ejemplo, ha sido aplicada por historiadores y antropólogos al estudio de las sociedades de la cuenca mediterránea caracterizadas por la existencia de

¹⁹ Como le decía uno de sus informantes, las “*injurias y bromas entre mangou no tienen ninguna importancia, es decir no provocan las reacciones habituales. Los mangou pueden decirse de todo, puesto que cada uno tiene un poco del nyama del otro y es a esa parte que cada uno se dirige, es decir a sí mismo: así que no hay problema. Es la parte de nyama depositado en el otro el que se pone en acción cuando hay un reencuentro e injurias.*” Y otro concluía: “*Injuriar alivia a las dos partes. Son los hígados [donde está depositada la fuerza vital] de uno y otro los que se limpian*” (Griaule, 1948: 253 y 254).

²⁰ Jacques Le Goff (1999: 49) enfatiza que habría dos tipos de risa básicos que habrían sido diferenciados ya en el mundo hebreo referenciado por la Biblia: la “risa feliz, desenfrenada” y la “risa burlona, denigrante” (los griegos las denominaron respectivamente “risa natural” y “risa maliciosa”).

²¹ Quizás en nuestro contexto cultural un caso equiparable de este tipo de humor sea el que se trenza a partir de las relaciones entre las suegras y los yernos.

sistemas familiares basados en fuertes códigos de honor. Así, las cencerradas (*charivaris*) del sur de Francia y del norte de España –actos más o menos espontáneos de humillación y burla realizados frente a las casas de algunas personas– eran aplicadas a inicios de la era moderna especialmente a quienes incumplían la moral sexual comunitaria o se colocaban en los límites de los comportamientos más estimados socialmente, sobre todo aquellos que tenían que ver con el incumplimiento de los roles sexuales y la falta de respeto por el orden familiar (matrimonios desiguales –tanto en edad como en condición social–, casamientos de viudas, hombres golpeados o engañados por sus esposas...) ²². De una forma más genérica, la pérdida del honor provocada por este tipo de actos de ridiculización implicaba no sólo una afrenta individual, sino un agravio para toda la familia (presente, pasada y futura), cuyas consecuencias iban más allá de la pérdida de la estimación social, puesto que producía trastornos en las posiciones de poder y en el estatus dentro de la comunidad (véase Julian Pitt-Rivers, 1979: 50-51); en consecuencia, los individuos trataban de evitar –ajustando lo más estrechamente posible su comportamiento a los estándares establecidos– dar pie a la más mínima excusa que permitiera tomarlos como objetivos del escarnio público.

Sin negar que entre esposos algunos comentarios jocosos puedan servir para corregir o sancionar ciertos comportamientos, actitudes o expresiones ²³, de nuevo pareciera que no estamos ante el caso que aquí abordamos: la risa como sanción presupone que una o varias personas se ría o rían de otra u otras personas, pero no que se rían todas juntas, que es lo que aquí nos preocupa. Sigamos buscando.

A mediados de los años sesenta los sociólogos Peter L. Berger y Hansfried Kellner hicieron énfasis en la forma como las conversaciones entre los esposos contribuían a la conformación de un *nomos*, una visión de la realidad, diferente a aquél en que habían sido formados durante su infancia: la unión conyugal no implicaría por tanto sólo la conformación de un nuevo hogar físico, sino de una forma específica de mirar el mundo y de identificarse a sí mismos; esto se producía de una forma activa pero al tiempo inconsciente para los sujetos. De tal manera que la conversación entre los esposos era definida por ellos como un “aparato de objetivación” a partir del cual se lograba la “estabilización de la realidad objetivada común” (1964: 12-13) ²⁴.

Desarrollando esta idea, Jean-Claude Kaufmann (2003: 111-116), quien está de acuerdo en que no siempre son las conversaciones explícitas las que sirven para articular la

²² Véase, entre otros, el artículo de Natalie Z. Davis (1993) sobre las disputas que generaban en Francia este tipo de charadas.

²³ Zijderveld (1983: 53) lo plantea explícitamente.

²⁴ En un texto posterior, Peter L. Berger y Thomas Luckmann (1997: 48-49) señalan que no todas las sociedades demandan el mismo nivel de “comunidad de sentido” –o sistema de valores compartido– entre los esposos. En consecuencia, su ausencia sólo produciría una crisis de sentido cuando la sociedad lo exigiera. Por tanto, no a toda “comunidad de vida” corresponde una “comunidad de sentido”; podrían existir incluso “comunidades de sentido” sin necesidad de que existiera una “comunidad de vida”.

relación conyugal, distingue entre varios tipos de interacciones verbales: por una parte está la conversación intrascendente que llena la vida cotidiana –una especie de música de fondo de la relación de pareja–; por otra, la que se produce en los momentos de coordinación o de toma de ciertas decisiones más o menos significativas; por último están aquellas que tratan de reorientar la relación o de plantear la existencia de problemas o conflictos. Curiosamente estas últimas suelen ser realizadas a menudo sin recurrir a palabras explícitas, sino a gestos, actitudes y comportamientos, es decir a mecanismos de comunicación no-verbal. Ahora bien, insiste, a veces en esas situaciones surge la palabra, aunque adopta formas camufladas gracias, entre otras cosas, “... a la ironía, la risa, el ridículo, muy eficaces para expresarse sin dar la impresión de que se está hablando sobre asuntos trascendentales”; y prosigue, algo más adelante: “La conversación conyugal es a menudo así: de apariencia franca y abundante, ella evita los problemas más difíciles; de apariencia banal, construye las evidencias necesarias o impone de forma enmascarada la negociación; de apariencia precisa, es ambigua y compleja; de apariencia breve e insignificante, es intensa” (Kaufmann, 2003: 116). De tal forma que la risa formaría parte de los procesos a partir de los que los miembros de las parejas se ajustan mutuamente y, en cierta forma, coordinan sus acciones.

Ahora bien, ¿cuál sería la peculiar contribución de la risa? ¿Y, de existir esa peculiaridad, acaso ella explicaría la alta frecuencia en la vida doméstica reportada por nuestras parejas?

Para la antropóloga Mary Douglas, el chiste sería, siguiendo a Sigmund Freud, un “ataque al control”, facultando un ahorro de energía al dejar de hacer funcionar o al relajar los mecanismos de censura del consciente sobre el inconsciente, produciendo un efecto subversivo momentáneo sobre la estructura de las ideas. El chiste muestra la posibilidad de que las cosas sean de otra forma y celebra algo distinto a la estructura social (Douglas, 1991: 294-296). En ese sentido, por tanto, se lo puede vincular con la idea de “comunidad”, en los términos planteados por Victor Turner, es decir con esa parte de la vida social menos organizada, donde hay roles ambiguos y transitorios, falta la jerarquía... y, a cambio, reclama la puesta en movimiento de otros valores, como la camaradería, la espontaneidad o el contacto cálido. Supone la suspensión temporal de la estructura, pues “la risa y los chistes, en tanto que ellos atacan la clasificación y la jerarquía, son obviamente símbolos adecuados para expresar la comunidad en este sentido de relaciones sociales sin jerarquía ni diferenciación” (Douglas, 1991: 303)²⁵.

En consecuencia, el chiste y la risa producirían una especie de purificación ritual al formar parte de un proceso de catarsis (la risa a nivel emocional, el chiste a nivel de la estructura social; Douglas, 1991: 305-306) al enfatizar el valor de otros sectores o facetas

²⁵ Por cierto, Douglas (1991: 298) señala que el chiste no puede funcionar si no hay algo risible en la situación social –la estructura social– que describe el chiste, y que forme parte de la experiencia común de quienes lo explican y lo escuchan.

menos articulados de las relaciones sociales: daría solución –en términos de conocimiento y de comprensión– a las disonancias –a los conflictos, presentes también en el seno de las parejas– que se presentan, en la vida social, entre la experiencia y la voluntad individual, así como aclararía las peculiaridades de las situaciones desventajosas e injustas entre las personas y los grupos (como las que se producen también en el seno de las familias). La risa no sería tan sólo una válvula de escape, sino una manera de redefinir la situación, tanto en términos emotivos como cognitivos. Una forma de instaurar una filosofía para la vida cotidiana.

En este orden de pensamiento, cabe advertir que hay toda una serie de estudios que ponen de evidencia las formas en que la risa contribuye a menudo a diluir, suspender o, cuando menos, a moderar los conflictos; así, por tanto, podría tener cierto uso como sublimador del conflicto (Zijderveld, 1983: 57-58). En ocasiones lo haría incluso con más eficiencia que los argumentos y los intercambios lingüísticos (véase Neal R. Norrick y Alice Spitz, 2008)²⁶. Pero, además, y a diferencia de otras formas de resolución de interacciones conflictivas, no pasa por la sumisión (el asentimiento) o el abandono de una de las partes, el cambio de tema o el compromiso mutuo, sino que “diluye la tensión y permite que la conversación sobre el tema continúe, ofreciendo a los participantes una oportunidad de resolver el conflicto”. Ahora bien, ello sólo es posible “si todos los participantes son más o menos del mismo estatus y están todos ellos igualmente orientados hacia el humor. Esta orientación permite a los participantes volver sobre el tema de conversación y trabajar en procura de una solución en un ambiente agradable” (Norrick y Spitz, 2008: 1668-1670)²⁷.

En un sentido muy parecido, en su libro *Risa Redendora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Peter L. Berger plantea que “lo cómico es ubicuo en la vida cotidiana corriente” (1999: 27; énfasis en el original), no porque esté siempre presente, sino porque aparece y desaparece al entretenerse con ella. Y lo interpreta –siguiendo en este caso a Alfred Schütz y Johan Huizinga–, como una “parcela finita de significado” específica, distinta tanto de otras parcelas –como la experiencia estética o sexual– como de la “realidad dominante” –aquella que nos parece más real por ser la que vivimos cotidianamente–. Su especificidad es que constituye casi un “subtexto” de la vida cotidiana, un acompañamiento suave para los temas serios ya que, durante un intervalo de tiempo (un interludio) crea “una realidad exclusiva y absolutamente cerrada”: aunque guarda relación con la realidad dominante, nos distancia de ella, bien poniéndola en entredicho o bien realzándola.

²⁶ Aunque, como muestran Dawn T. Robinson y Lynn Smith-Lovin (2001) al estudiar detalladamente lo que sucede con el humor en el seno de relaciones mixtas, el de las mujeres tiende más bien a crear cohesión, mientras que el de los hombres a marcar diferenciaciones y jerarquías internas.

²⁷ En el caso de que haya diferencias de poder, la risa funcionaría tan sólo cuando quien lo tenga en mayor proporción sea quien la introduzca o la avale; es ignorada cuando la propone la parte más débil (Norrick y Spitz, 2008: 1673).

Aproximándose en este punto a Georges Bataille (2002), también para Berger lo cómico es potencialmente subversivo, puesto que la vida cotidiana se encuentra siempre bajo la amenaza de las diferentes “parcelas finitas de significado” (el sueño, el juego, el arte...); a su vez, se cierne sobre él la presión de la vida cotidiana (Berger, 1999: 30-43). Sin embargo, lo cómico no constituye una forma de acción (como el juego) sino de percepción. De una percepción abstracta, puesto que elimina momentáneamente ciertas emociones (la compasión o el afecto) y somete el mundo a un análisis intelectual (Berger, 1999: 68). De esta forma, en general lo cómico pone de evidencia una incongruencia, “desvela una verdad central sobre la condición humana: *el hombre se encuentra en un estado de discrepancia cómica con respecto al orden del universo*” (Berger, 1999: 77; énfasis en el original). Igual que Douglas, permite participar de un mundo contradictorio e injusto: al exponer un mundo sin sentido muestra que, quizás, la relación de que se participa sí tiene en cierta manera algún sentido.

Es por ello que el humor y la risa tienen funciones sociales (Berger, 1999: 108 y ss.): refuerzan cognitivamente la cohesión del grupo y, al mismo tiempo, marcan las fronteras del mismo al señalar a quienes no pertenecen a él. Pero, además, como ya vimos, contribuyen a fortalecer al grupo en tanto que es una forma de control en su seno. Pero ahí no se acaba su utilidad, pues funciona también como válvula de seguridad, distendiendo los conflictos pues, siguiendo en esto a Mijail Bajtin, señala que es en cierta forma liberadora al construir un *contra-mundo*, así sea momentáneo (Berger, 1999: 150-151). Sin embargo, de entre todas las funciones que él les encuentra, este autor destaca la intelectual, de tal forma que, plantea, sirve para acercarse –como la religión– no sólo a alguna verdad menos sensible (abstrayéndola, simplificándola, desenmascarándola, cf. Berger, 1999: 226, 252), sino incluso a la experiencia de lo trascendente²⁸.

Ahora bien, la risa conjunta sólo es posible si hay un alto nivel de intimidad en la forma de una estrecha colaboración entre quienes participan en ella: más allá del chiste mismo o del motivo gracioso, supone la existencia de un “pacto interactivo”, es decir el compartir unos conocimientos y tener unas normas intra-grupo (que pueden ser más o menos opacos para quien no forma parte del grupo). Pero no sólo demanda colaboración previa sino que, al mismo tiempo, al funcionar como una actividad conjunta, sirve para crear y estimular la solidaridad grupal, así como para mostrarla (Coates, 2007: 32, 47; Zijderfeld, 1983: 7). No es extraño, por tanto, que la risa esté a veces asociada a las dinámicas propias de ciertos

²⁸ En el mundo moderno el humor y la risa tendrían un papel cada vez más crucial a causa de la progresiva “pluralización” –es decir, de la reunión de personas con distintos valores y concepciones del mundo– que socava las tradiciones aceptadas y acelera los procesos de cambio, produciendo todas esas múltiples incongruencias que están en la base de la experiencia cómica. El conocimiento que resulta de la risa genera ese típico distanciamiento moderno que acompañaría al intelectualismo y al control emocional, sirviendo así para relativizar la realidad predominante al mostrar el carácter antropológicamente contradictorio del ser humano y de la sociedad (Berger, 1999: 321, 327, 338).

sub-grupos sociales necesitados de fuerte e intensa cohesión, como los formados por sectores sociales subordinados. Así, el humor y la risa compartida frente a un enemigo común han sido descritos, por ejemplo, en la forma de befa de los patrones por parte de los artesanos en la Francia del siglo XVIII tan magníficamente ejemplificada en la matanza de gatos de unos aprendices de una imprenta narrada por Robert Darnton (1987); o en las chanzas entre los jóvenes de los barrios negros de Estados Unidos, tal y como las describe Ulf Hannerz en su exploración de la vida en un gueto norteamericano de mediados de los años sesenta (2004: 66-67); o en las auto-ironías compartidas por los miembros de pueblos o nacionalidades minoritarias cuando ponen a funcionar ciertas identificaciones gracias al sostenimiento de cierta “intimidad cultural” por medio de la risa, tal y como hacen los griegos contemporáneos –según expone Michael Herzfeld (1995: 126-127)–, o los irlandeses –según Lawrence J. Taylor (2001)–. Más cerca del ámbito que aquí se explora, el humor está en la base de la camaradería con que se forjan las identificaciones de género. Por ejemplo, Henk Driessen (1999: 245, n. 30) plantea cómo los hombres reunidos se ríen de las mujeres, en especial de su sexualidad; ello ha sido explorado, para el caso de la cultura andaluza del sur de España por Stanley Brandes (1991: 125 y ss.), para quien los chistes sexuales constituyen una forma de eliminar la ansiedad sobre la propia identidad sexual y permiten fortalecer la solidaridad de género. Como concluye aquel autor, “la risa hace soportable lo insoportable” (Driessen, 1999: 235).

Para cerrar estas reflexiones provisionales, y aún abiertas a discusión, retomemos brevemente unas estimulantes palabras de Jacques Le Goff. Al final de un corto artículo sobre la risa en la Edad Media, este prestigioso historiador francés concluye diciendo que “si percibimos cómo funciona la risa [...] podemos comprender las estructuras de una sociedad y sus modos de proceder” (Le Goff, 1999: 50-51). Quizás si estudiamos las formas en que la risa nutre las interacciones de nuestras parejas conyugales podamos hacernos una imagen más cabal que la que ahora tenemos de la forma en que entre nosotros se estructura y funciona la vida conyugal y familiar.

Bibliografía

- Alberts, Jess K.; Yoshimura, Christina G.; Rabby, Michael; Loschiavo, Rose (2005) "Mapping the topography of couples' daily conversation", *Journal of Social and Personal Relationships* 22 (3): 299-322.
- Alford, Finnegan y Alford, Richard (1981) "A holo-cultural study of humor", *Ethos* 9 (2): 149-164.
- Bataille, Georges (2002) "No-saber, risa y lágrimas", en *La oscuridad no miente*, Taurus, Madrid, pp. 113-134 [1ª ed. francés, 1953; trad. de I. Díaz de la Serna].
- Berger, Peter L. (1999) *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Kairós, Barcelona [1ª ed. inglés, 1997; trad. M. Bofill].
- Berger, Peter L. y Kellner, Hansfried (1964) "Marriage and the construction of reality", *Diogenes* 46: 1-24.
- Berger, Peter L. y Luckmann, Thomas (1997) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Paidós, Barcelona [1ª ed. alemán, 1995; trad. Centro de Estudios Públicos], pp. 29-42.
- Brandes, Stanley (1991) *Metáforas de la masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*, Taurus, Madrid [1ª ed. inglés, 1980].
- Bremmer, Jan (1999) "Chistes, humoristas y libros en la antigua Grecia", en J. Bremmer y H. Roodenburg (coord.) *Una historia cultural del humor*, Sequitur, Madrid [1ª ed. inglés, 1997; trad. J. Eraso], pp. 11-28.
- Coates, Jennifer (2007) "Talk in a play frame: More on laughter and intimacy", *Journal of Pragmatics* 39 (1): 29-49.
- Collins, Randall y Coltrane, Scott (1991) *Sociology of Marriage and the Family. Gender, Love, and Property*, Nelson-Hall Publishers, Chicago.
- Cruz, Jasson y Torres, Julián (2006) "¿De qué depende la satisfacción subjetiva de los colombianos?", *Cuadernos de Economía* 25 (45): 131-154.
- Darnton, Robert (1987) "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin", en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, FCE, México [1ª ed. 1984; trad. C. Valdés], pp. 81-108.
- Davis, Natalie Zemon (1993) "Cencerrada, honor y comunidad en Lyon y Ginebra en el siglo XVIII", en *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Crítica, Barcelona [1ª ed. inglés, 1965; trad. J. Beltrán], pp. 113-132.
- Douglas, Mary (1991) "Jokes", en Ch. Mukerji y M. Schudson (eds.) *Rethinking Popular Culture. Contemporary Perspectives in Cultural Studies*, University of California University Press, Berkeley [1ª ed. 1968, bajo el título "The social control of cognition: some factors in joke perception", *Man* 3 (3): 361-376], pp. 291-310.
- Driessen, Henk (1999) "Humor, risa y trabajo de campo: apuntes desde la antropología", en J. Bremmer y H. Roodenburg (coord.) *Una historia cultural del humor*, Sequitur, Madrid [1ª ed. inglés, 1997; trad. I. Pérez Fernández], pp. 227-246.

- Gershuny, Jonathan y Sullivan, Oriel (1998) “The sociological uses of time-use analysis”, *European Sociological Review* 14 (1): 69-85.
- Griaule, Marcel (1948) “L’alliance cathartique”, *Africa. Journal of the International African Institute* 18 (4): 242-258.
- Gurevich, Aaron (1999) “Bakhtin y el carnaval medieval”, en J. Bremmer y H. Roodenburg (coord.) *Una historia cultural del humor*, Sequitur, Madrid [1ª ed. inglés, 1997; trad. A. Morán], pp. 54-61.
- Hannerz, Ulf (2004) *Soulside. Inquiries into Ghetto Culture and Community* (with a new afterword), University of Chicago Press, Chicago [1ª ed., 1969].
- Herzfeld, Michael (1995) “It takes one to know one: collective resentment and mutual recognition among Greeks in local and global contexts”, en R. Fardon (ed.) *Counterworks. Managing the Diversity of Knowledge*, Routledge, London.
- Ihinger-Tallman, Marilyn (2000) “Marriage”, en E. F. Borgatta y R. J. V. Montgomery (eds.) *Encyclopedia of Sociology*, Macmillan, New York [2ª edición], pp. 1733-1740.
- Jáuregui, Eduardo (2008) “Universalidad y variabilidad cultural de la risa y el humor”, *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* 3 (1): 46-63.
- Kaufmann, Jean-Claude (2003) *Sociologie du couple*, Puf, Paris [1ª ed., 1993].
- Kingston, Paul W. y Nock, Steven L. (1987) “Time together among dual-earners couples”, *American Sociological Review* 52 (3): 391-400.
- Le Goff, Jacques (1999) “La risa en la Edad Media”, en J. Bremmer y H. Roodenburg (coord.) *Una historia cultural del humor*, Sequitur, Madrid [1ª ed. inglés, 1997; trad. A. Morán], pp. 41-54.
- Lockyer, Sharon y Pickering, Michael (2008) “You must be joking: the sociological critique of humor and comic media”, *Sociology Compass* 2/3: 808-820.
- Losche, Diane (2001) “What makes the anthropologist laugh? The Abalam, irony, and me”, en J. W. Fernandez y M. T. Huber (eds.) *Irony in Action. Anthropology, Practice, and the Moral Imagination*, Chicago University Press, Chicago, pp. 103-117.
- Lundberg, George A., Komarovski, Mirra y McNery, Mary A. (1958) “The amount and uses of leisure”, en E. Larrabee y R. Meyersohn (eds.) *Mass Leisure*, The Free Press, Glencoe (Illinois), pp. 173-198.
- Mauss, Marcel (1927-1928) “Parentés à plaisanteries”, *Annuaire de l’École Pratique Des Hautes Études, Section des sciences religieuses*, Paris [DOI: <http://dx.doi.org/doi:10.1522/cla.mam.par>].
- Norrick, Neal R. y Spitz, Alice (2008) “Humor as a resource for mitigating conflicts in interaction”, *Journal of Pragmatics* 40: 1661-1686.
- Ogien, Ruwen (1990) “Sanctions diffuses. Sarcasmes, rires, mépris...”, *Revue Française de Sociologie* 31 (4): 591-607.
- Pitt-Rivers, Julian (1979) *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayos de antropología mediterránea*, Crítica, Barcelona [1ª ed. inglés, 1977; trad. C. Manzano].

- Quintín, Pedro (2008) “Vida conyugal y desigualdades de género en Cali (Colombia)”, *Sociedad y Economía* 14: 32-59.
- Quintín, Pedro (2008b) *Regalo y dinero en la relación conyugal. Una exploración en Cali*, informe de año sabático, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle, 166 páginas.
- Radcliffe-Brown, A. R. (1940) “On joking relationships”, *Africa. Journal of the International African Institute* 13 (3): 195-210.
- Radcliffe-Brown, A. R. (1949) “A further note on joking relationships”, *Africa. Journal of the International African Institute* 19 (2): 133-140.
- Robinson, Dawn T. y Smith-Lovin, Lynn (2001) “Getting a laugh: gender, status, and humor in task discussions”, *Social Forces* 80 (1): 123-158.
- Rogers, Stacey J. y Amato, Paul R. (2000) “How changes in gender relations affected marital quality”, *Social Forces* 79 (2): 731-753.
- Shostak, Marjorie (1983) *Nisa. The Life and Words of a !Kung Woman*, Vintage Books, New York [1ª ed., 1981].
- Singly, François de (2007) [dir.] *L'injustice ménagère*, Hachette/Armand Colin, pp. 13-33.
- Taylor, Lawrence J. (2001) “Paddy’s Pig: irony and self-irony in Irish culture”, en J. W. Fernandez y M. T. Huber (eds.) *Irony in Action. Anthropology, Practice, and the Moral Imagination*, Chicago University Press, Chicago, pp. 171-187.
- Wall, Richard (2007) “Family relationships in comic postcards 1900-1930”, *The History of the Family* 12 (1): 50-61.
- Williamson, Judith (1994) “Family, education, photography”, en N. B. Dirks, G. Eley y S. B. Ortner (eds.) *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, pp. 236-244 [1ª ed. 1986].
- Zijderveld, Anton C. (1983) “Trend report: The sociology of humour and laughter”, *Current Sociology* 31 (3): 1-100.

Cali, mayo de 2009